

PRESENTE Y FUTURO DE LA NUEVA CULTURA DEL AGUA

Ampuero, Santander, 20 de marzo de 2009

IX Jornadas del Agua

María Soledad Gallego Bernad

Abogada Ambiental y socia de la FNCA

1. ¿Por qué hemos perdido los ríos?

Malos tiempos corren para el agua y para los ríos.

La esencia de un río es nacer, fluir, y desembocar, en otros ríos o en el mar. Pero eso, es lo que ya no pueden hacer la mayoría de nuestros ríos.

Celebramos este fin de semana el día Mundial del Agua. La semana pasada conmemoramos el Día Internacional de los Ríos. ¿Qué necesitan hoy los ríos, aparte de que les dediquemos uno o dos días al año en nuestros calendarios? ¿Qué necesita un río? En esencia, la respuesta es bien simple: agua, y que ese agua este limpia. Pero eso es lo que precisamente le negamos a los ríos, en nombre de un progreso que los sobreexplota, en vez de usar racionalmente unos bienes y recursos tan preciosos, la joya de la Naturaleza y de la tierra que son los ríos.

Cuando paseo por el río de mi pueblo, el Giguela, mi sobrina de cinco años me pregunta siempre que donde están los peces. Y yo no sé cómo decirle que ya no están, que el río ya no tiene, ni tendrá, los barbos y cangrejos que mi padre, mis abuelos y las anteriores generaciones podían contemplar y pescar, abundantes, en sus aguas. Ahora, a duras penas hay algún cangrejo americano.

Vamos perdiendo trozos de vida, cada vez que se pierde un río. Aquí en Ampuero, está el hermoso río Asón, en el que la gente todavía se baña, a pesar de que en determinadas épocas se ve muy degradado por las extracciones y los vertidos. No conozco este río, pero seguramente, será parte inseparable de la vida y los recuerdos de muchas personas de esta zona. Los ríos son parte de la cultura, del territorio, de la vida social y del discurrir de los días. En el subconsciente humano un paisaje ideal tiene que tener agua, un río, manantiales. El agua unida a la tierra fertiliza y produce la vida.

Hasta hace unas décadas, las sociedades vivían teniendo al río cerca, como ahora se tiene el cine o el supermercado. Era algo tan inseparable de los pueblos y ciudades

como las plazas o lugares sociales. Sencillamente estaban ahí. Por eso, porque su presencia era parte del territorio, como la misma tierra o el aire, su pérdida no fue repentina. No nos despertamos un día, miramos al río y dejó de estar. Fue poco a poco. El río que conoció mi padre, en el que pescaban los barbos con las manos, y al que iban a lavar las mantas, a abreviar el ganado, o junto al que hacían las romerías, ya no es el río que yo conocí. Pero por lo menos, yo pude bañarme de niña y jugar junto a él, disfrutar de las meriendas y las caminatas de adolescente en la belleza de sus álamos y riberas. Sin embargo poco a poco, no nos dimos cuenta cuando, el río de mi pueblo desapareció como tal. Se destruyeron sus riberas, el agua fluye a duras penas y no puede limpiar el cauce de carrizos, está sucio. Su historia es la de la mayoría de los ríos en la segunda mitad del siglo XX: Mayores extracciones de agua, encauzamientos salvajes, la permisividad en obras y vallados de riberas, vertidos mal depurados... Solo sé que la que ha perdido definitivamente el río es mi sobrina de cinco años, y todos los niños de su generación.

Perdimos al río, y ni siquiera nos dimos cuenta cómo. Ni siquiera, como sociedad, como personas, somos capaces de comprender el tiempo y la totalidad del río y la naturaleza. Sus ciclos. Nos resignamos, pensando que son cosas que están más allá de nuestro alcance o nuestras fuerzas, y que otros, políticos, instituciones, son los responsables de las decisiones para cuidar lo que es de todos. Eso es así, en parte, pero también es cierto que las instituciones, los políticos, los responsables de la toma de decisiones, son un reflejo de las personas y de la sociedad en su conjunto. Lo que la sociedad quiere o no quiere. Lo que la sociedad permite o no.

¿Por qué hemos perdido los ríos? Si hubiéramos perdido la tierra bajo nuestros pies o el aire que respiramos, lo hubiéramos sentido más clara e intensamente. Pero los ríos tienen una presencia más callada.

Sabemos que los necesitamos para beber el agua, para el abastecimiento. Sabemos que los necesitamos para regar, para producir energía. Y también los utilizamos como lugar en el que verter nuestros desechos, el agua sucia y contaminada que hemos utilizado. Así es con un río, así es con todos. Así es con el Ason, con el Tajo, con el Ebro, el Guadiana, el Júcar, el Segura.... Con cada río, arroyo y manantial. Con nuestros acuíferos.

Pero podemos usar, y podemos abusar. Podemos explotar o sobreexplotar. Podemos simplemente, “pasarnos de la raya” cuando no sentimos ningún valor ni respeto por los recursos naturales que utilizamos. Si para nosotros un río es una simple garrafa o contenedor de agua, lo mismo nos dará que el agua circule o se seque. Lo mismo nos dará que el agua vaya limpia o sucia. Es una cuestión de cultura, de ver, o no ver lo que un río significa.

2. Lo que un río significa

Leí hace poco en el periódico que han adaptado al cine la novela de Saramago “Ensayo sobre la ceguera”. De repente por una epidemia, todo el mundo se queda ciego, y deja de ver lo que le rodea. A nuestra sociedad le está pasando eso con los ríos y otros elementos de la naturaleza. Los miramos, pero no los vemos. No comprendemos lo que son, lo que significa un río, un árbol, un bosque. Lo que nos dicen y nos cuentan continuamente.

Nos cuentan, que en la vida todo está unido y relacionado, que funciona en un ciclo, y si tocas una pieza, mueves diez. Eso es la ecología, la interrelación entre todos los elementos de la naturaleza y la vida. Y nosotros no somos espectadores. Somos parte. Por eso, cuando miramos un río no lo vemos. Por eso, no podemos comprender la ceguera profunda, y el mensaje que como sociedad transmitimos cuando no cuidamos las aguas que fluyen, nuestros ríos y acuíferos, de la misma manera que cuidamos nuestros bienes directos, nuestra casa, nuestro coche o posesiones más cercanas.

Estoy de acuerdo con que los ríos son de todos. Aunque yo no viva aquí, considero mío al río Ason, al igual que el río de mi pueblo o cualquier hermoso río de este u otros países. Pero los considero míos no para explotarlos y exprimirlos, sino para respetarlos y admirarlos, para reconocer el milagro de la naturaleza que es que un día, un curso de agua brote de la tierra, se vaya uniendo a otros y finalmente, atravesando valles y montañas, crestas y páramos, llegue al mar. Los ríos son de todos, pero para cuidarlos, respetarlos y disfrutarlos como la verdadera joya de la naturaleza que son.

A veces, esto se nos olvida. Y queremos cambiar el curso de los ríos, trasvasarlos, acumularlos, embalsarlos. Necesitamos el agua para nuestras necesidades, si. Pero también tenemos que saber hasta dónde podemos llegar, cuáles son las necesidades reales, y lo que es un mero desperdicio de recursos.

Muchas veces, en nombre del interés general, unos pocos, usuarios privativos del agua que consiguen concesiones, de abastecimiento, riego, producción hidroeléctrica, etc, simplemente se apoderan de lo que es de todos.

Veamos algunas postales, algunos ejemplos de ríos y sus historias, y contemplaremos un hilo común.

3. Postales de ríos

Comencemos por un río de este país, el Tajo. El río en el que trabajo. Uno de los ríos más abandonados y sobreexplotados, repartidas sus aguas entre mercadeos políticos. Un río al que continuamente se insulta diciendo que le “sobra” el agua, que es lo mismo que decir que sobra el mismo río circulando por el territorio que decidió seguir hace miles de años. Hubo un momento en alguna antigua era geológica, en que la península ibérica se inclinó hacia el atlántico, y por eso la mayoría de ríos de gran caudal desembocan en el océano atlántico, y no en el mediterráneo. Pero esto es algo, que muchos se niegan a

aceptar. Donde nace el Tajo, en la Sierra de Albarracín, en los Montes Universales, nacen al menos otros dos ríos más, el Júcar y el Turia. Muy cerca sus nacimientos unos de otros, en la Sierra del Agua. Dos se fueron al Mediterráneo. Y el Tajo, al Atlántico. Y precisamente, el Tajo es Tajo, porque sus aguas decidieron ese camino, por las tierras y lugares que recorre, por los ríos que recoge en su paso. Por eso se llama Tajo, y no Turia o Júcar. Porque eligió desembocar en Lisboa, en el océano Atlántico. Por eso, en un momento en que se plantea un nuevo trasvase desde Extremadura, además del insostenible trasvase actual de las dos terceras partes del agua limpia de su cabecera, que ha convertido al Tajo en una triste sombra de río en su tramo medio, uno se pregunta ¿hasta dónde podemos llegar en la sobreexplotación de un río y en la mentira y la manipulación de conceptos como la solidaridad y el interés general? La solidaridad que se invoca para privar a la sociedad y a un territorio de lo que es de todos, en nombre de los intereses de unos pocos usuarios privativos, eso sí, con mucha fuerza y poder económico, con mucho acceso a prensa, a universidades y a los despachos de gobierno, para hacer creer que toda la sociedad levantina y murciana depende de las aguas del Tajo. Y eso es sencillamente mentira. En el primer trasvase, en los años 70 y 80 iban a recibir el agua Alicante, Murcia y Almería, pero como no había tanta agua como calcularon para las tres, se quedaron con la mayor parte Murcia y Alicante, sin mostrarse en absoluto solidarios con Almería. Sin embargo, desde que comenzó el trasvase a primeros de los 80, la agricultura y el regadío en Almería se ha desarrollado igual que en las otras dos provincias, bien es cierto que con la sobreexplotación de pozos y acuíferos, pero no menos que la que se ha llevado a cabo en las dos provincias que reciben la mayor parte del agua del trasvase. Y ahora, como no pudieron conseguir el trasvase del Ebro, y el sobreexplotado tramo medio del Tajo, con la reducción de sus aportaciones naturales en un 50%, las detracciones del trasvase, y el vertido de las aguas residuales de más de 6 millones de personas de Madrid, se ha convertido en un cadáver hidrológico, se solicita un nuevo trasvase del Tajo desde Toledo o Extremadura que es todavía menos viable económica y ambientalmente que el del Ebro.

No hay racionalidad, ni solidaridad en la mayor parte de los grandes usos y repartos económicos de agua. Unos cuantos usuarios privativos, convencen al resto de la sociedad de que su riqueza es la de ellos. Y no es cierto. Su riqueza, los beneficios, se lo quedan ellos, y al resto, solo les devuelve una pequeña parte y la degradación y la pérdida del agua y los recursos sobreexplotados, que dejan de cumplir sus funciones para la sociedad.

Y esto, a mayor o menos nivel es lo que está pasando en los ríos de nuestro país, y en el mundo.

Tengo una imagen grabada en mi mente. El momento en que entré, el verano de la Expo del Agua de Zaragoza, junto con dos líderes indígenas de la Selva de Colombia, al pabellón de la Expo donde iban a intervenir. Cruzaron el océano para pedirnos ayuda. Su pueblo, los Embera Katío del Alto Sinú, está siendo aniquilado, al igual que sus territorios, y el río Sinú, del que viven. Un macroproyecto, financiado con capital

internacional de países como Suecia, pretende retener y embalsar el agua del río Sinú, desecar los humedales destruyendo la enorme biodiversidad de la zona y los medios de vida y sustento de los Embera. ¿El objetivo? Producir algo de energía y sobre todo obtener más terrenos para el cultivo de teca, palma y agrocombustibles para los coches de nuestras sociedades “avanzadas”, para nuestro “progreso”. A ellos, en una zona arrasada por el conflicto, todos les matan con una excusa u otra. Arriesgan su vida cuando viajan y denuncian la destrucción a la que quieren someter a su pueblo. No quieren dinero ¿para que les sirve si pierden su tierra y el río? Dicen que la tierra no se vende, al igual que uno no vende a la madre. Cuando pasé con ellos al pabellón de la Expo, había un espectáculo y parodias sobre el agua. Casi doscientos espectadores, puestos en pie, reían, cantaban y jaleaban, siguiendo las indicaciones de los cómicos. No se me olvida la cara de asombro y la mirada de los Embera contemplándolos, sin ninguna crítica ni juicio, como se contempla a un niño pequeño haciendo tonterías o a un loco. Vi a su sociedad, supuestamente atrasada, observando a la nuestra, supuestamente desarrollada. Y sentí vergüenza, la vergüenza más inmensa que he sentido en mi vida. Cuando los Embera intervinieron, para transmitir y contar a nuestra sociedad lo que les está pasando, apenas quedaban treinta espectadores. El resto, continuó su periplo por la Expo, celebrando y disfrutando el mundo feliz del agua.

Y esta falta de conciencia colectiva, este meter nuestros recursos y riquezas naturales en una máquina, en la que dándole a una manivela salen transformados en billetes para unos cuantos, no la tenemos solo con el agua o con los ríos. Nos está pasando con todo. Sobreexplotamos los recursos naturales, y vertemos cantidades ingentes de basura. Consumimos sin freno, haga o no falta, y luego dejamos que nuestra basura se acumule en el patio trasero de nuestras casas, o mejor, en el del vecino. Pero la Tierra, los recursos, la naturaleza, tienen un límite que estamos sobrepasando peligrosamente. Lo vemos en el cambio climático, en la crisis del petróleo y otros recursos no renovables. Al mismo tiempo, recursos renovables como el agua están viendo destruidos sus ciclos por la sobreexplotación y la contaminación. Buscamos producir más energía con alternativas “limpias” y nos vamos a la energía nuclear. Pero con la energía nuclear nos pasa lo mismo. Los riesgos son enormes y no sabemos dónde y cómo esconder la basura radioactiva, cuya peligrosidad puede durar hasta 25.000 años. Ahora científicos, arqueólogos, lingüistas, buscan un símbolo para avisar a las miles de generaciones futuras, que no deben abrir los sarcófagos y depósitos en los que les dejamos nuestro legado envenenado. Como en la maldición de la Momia. Claro que sale barata la energía nuclear, la hipoteca, a 10.000 o 20.000 años de intereses se la dejamos a las generaciones futuras.

Por eso, muchos grupos, muchas personas, están avisando de que nuestras sociedades han llegado a un punto, en el que ya no bastan cambiar determinados sistemas de producción o extracción, no basta con que ahora todo esté bendecido por el sello de la evaluación ambiental favorable, que al final, en muchos casos, lo único que hace es certificar oficialmente la destrucción. Hace falta un cambio de conciencia, un abrir los

ojos, una nueva cultura del agua, de la energía, de la vida, de la posición que el ser humano ocupa en relación con sí mismo, con sus semejantes, y con el mundo.

4. El agua y la cultura. Presente y futuro

El presente de la nueva cultura del agua, es seguir recordando lo que los ríos son. Utilizar el saber técnico, científico, económico, jurídico, para demostrar la irracionalidad y lo mal hechas que están en la mayoría de los casos las cuentas del agua; los proyectos que todavía intentan hacer más presas y obras hidráulicas innecesarias en uno de los países del mundo con más presas por habitantes. Pero eso no basta, incluso aunque se demuestre sobre los papeles que un proyecto no es viable técnica, económica o socialmente, si la sociedad no demuestra que le importa un río, un bosque o un determinado paisaje o paraje, esos proyectos se harán igualmente, como carreteras que no llevan a ninguna parte. O mejor dicho, si llevan, al enriquecimiento de los que las construyen, y al empobrecimiento del erario público al tener que pagar una obra inútil, y haberse destruido también inútilmente parte del patrimonio natural de toda la sociedad. Ganan unos pocos, pierden todos.

Por eso es absurdo, en época de crisis económica, contemplar la obra pública como una panacea. Seguir con los mismos modelos de gestión y desarrollo que nos han llevado a la crisis, no solo económica, sino de biodiversidad y de degradación y pérdida de la naturaleza.

Esa es la nueva cultura del agua, su presente y su futuro. Seguir uniendo el conocimiento y la sabiduría de la gente y las culturas que saben lo que un río, lo que el agua es y representa. Y apoyarlo con el saber técnico, para que unidos, puedan decir alto y claro frente a los poderes económicos que solo buscan el beneficio, sin tener en cuenta los costes para la sociedad, que esta forma de hacer las cosas no puede continuar. Por propia preservación de nuestra vida, de nuestros territorios, y de nuestra supervivencia como especie, no solo física, sino interna, en la vinculación que el hombre siempre ha tenido a los ríos, a los paisajes y a la naturaleza.

La mente nos puede decir, cuando miramos un río seco o contaminado, que son el progreso o el interés general los que demandan ese “sacrificio”, pero el corazón, cuando mira al río Ason o a cualquier otro río, degradado, contaminado o sin agua, sabe que no hay ningún beneficio, que en el fondo, pueda compensar la magnitud de la pérdida.

Y eso es la Nueva Cultura del Agua, su presente y su futuro: la unión de la ciencia y la conciencia.